

y un épico á la manera de Virgilio al hacer hablar al Leon, sin más objeto que el de que contraste doblemente con esas dotes su irresistible propensión á la gracia y á la travesura, como se vé en algunas de las palabras y en el verso de pié quebrado *Leberger* que el mismo Leon pronuncia, en las que despues le dirige el Zorro, y en las que luego profiere el Asno, donde *La Fontaine* no es nada de lo que acaba de ser (¿y cómo serlo con estos interlocutores?), sino lo que es ordinariamente: un verdadero *Moliere del Apólogo*, bien que despues le lleve el asunto á ser un como Poeta trágico al indicar la catástrofe de que es víctima el animal menos pecador, y un como sesudo Filósofo al deducir la reflexión moral que naturalmente se desprende de esa composición admirable. ¿Podriase aplicar á este autor el *interdum tamen et vocem Comedia tollit* de Horacio? Yo no lo sé; pero tanto en el *Apólogo* sério, como en las aplicaciones que sério ó no sério es capaz de recibir, podia ese gigante de la *Fábula* tener competidores aun; y en efecto, los ha tenido en ambos conceptos, aunque no en sus trasportes y arranques llenos de génio y de Poesía; ó díganlo sinó, por ejemplo, *Florian* entre nuestros vecinos, y entre los españoles *Iriarte*.

X.

El primero de estos dos escritores tiene un mérito tan notable, que en lo espontáneo y en lo que los franceses llaman *naveté*, solo cede á su gran predecesor, siendo muy superior en mi concepto á *La Mothe*, *Arnault* y *Le Bailly* y á todos los demás Fabulistas de su nacion; y en la *Fábula* toda grave, no tiene vencedor que yo sepa en ningun escritor profano. Yo he traducido en mi coleccion, aunque libremente y solo por via de muestra, una de las que entre las suyas pertenecen á esta última especie, ó sea la titulada *El Califa*. Léase; y no obstante lo mucho que ha debido de perder en mi version, dígase si ese bellissimo y sin intermision solemne *Apólogo* se insinúa menos en el ánimo, que el que mejor se crea entre los otros tres ó cuatro festivos cuya idea he tomado de *Esopo*, de *Lokman* ó aun del mismo *La Fontaine*: dígase si por lo magestuoso y aun casi augusto de su entonación, se le comprende menos que al más jovial y familiar de aquellos; dígase, en fin, si la gran lección moral que en accion presenta desmerece ni un solo ápice, porque no tenga como premisa un cuento meramente pueril. Yo hubiera querido tambien traducir ó imitar al menos sus *Fábulas de El Ciego y el Paralítico*, *El buen Hombre y el Tesoro*, *El Rey Alfonso*, y otros por el estilo, y sobre todo su obra maestra, la tan llena de afectuosa y consoladora ternura, titulada *El Conejo y la Cerceta*; pero no me he sentido con fuerzas para otra segunda tentativa, y he preferido ser original, aunque flojo, á que pueda decirse de mí que no he sabido emplear el tiempo sino en estropear ajenos asuntos. Entretanto ese *Califa* basta para

dar una idea del nuevo campo que *Florian* supo indicar al *Apólogo*, aunque tomando de otros escritores una buena parte de sus argumentos; y basta así mismo para quitar á la *Fábula* que no presenta la fisonomía con que generalmente se la ha dado á conocer, la prevencion con que la miran algunos. ¿Cómo no reflexionan estos que la BIBLIA abunda en *Parábulas*, y que si no se las llama *Fábulas* en el sentido sério á que aludo, es más bien por respetos divinos, que no porque no constituyan, en lo que tienen de literario, una de las especies del género? ¿Qué *Apólogo* puede compararse, por sentido y sublime que sea, á la *Parábola de El Hijo Pródigo*, ó á las demás que tanta uncion destilan en los labios de JESUCRISTO?

XI.

Tal vez bebió *Florian* en esa purísima fuente la mejor parte de su inspiración: tal vez y sin tal vez es la BIBLIA el origen del género explotado despues por los Fabulistas profanos tanto en Oriente como en Occidente. Las *Parábulas* abundan en los Profetas. «Aquí, dice el Abate Chassagnol, compara el Eterno á su pueblo con una mujer adúltera, porque despues de haberle jurado fidelidad aceptando libremente su yugo, se aparta de él y le abandona, para correr en pos de divinidades extrangeras: allá, bajo la expresiva imagen de una viña que su dueño ha escudado contra todas las calamidades, recuerda el Señor la solicitud con que él ha protegido á Israel, y le amenaza con todo el peso de su cólera, si no produce más que malas yerbas y frutos amargos. En otro pasaje se ve al generoso Nathan turbar la paz criminal del gran Rey, comparándole al rico que roba la oveja de su pobre vecino; en otro es el impetuoso Ezequiel el que deseando pintar la vuelta de los hijos de Judá, los compara á las osamentas blancas y secas que cubren la tierra por todas partes, pero que eso no obstante se reunirán al fin, y recibirán nueva vida al soplo del espíritu.» A todo esto no faltará quien diga que esos y otros ejemplos que podrian citarse, son más bien rasgos y símiles elocuentísimos, propios del estilo oriental, que no gérmenes en los cuales se descubra el origen de *Apólogo* profano; ¿pero qué es éste en último análisis, sino un símil ó una comparación? Si esta observacion no conviene, no será inoportuno recordar que en el *Libro de los Jueces*, capítulo IX, versículo 8 y siguientes, hay un *Apólogo* propiamente dicho, el cual podria muy bien titularse *Los Arboles pidiendo Rey*, y en que hablan el *Olivo*, la *Higuera*, la *Vid* y la *Zarza* (1); y que así

1) El capítulo 12 del libro II de los Reyes dá principio con el Apólogo de El Hombre rico y el Hombre pobre, narrado por Nathan á David; y Apólogo es tambien el que en el mismo Libro, capítulo XIV, cuen-

como *Andrieux* tomó el suyo del referido Libro, *La Fontaine* á su vez tomó del *Eclesiástico* su *Fábula* titulada *La Olla de hierro y la Olla de barro*. ¿Proveniría del mismo origen el *Apólogo* de Esopo *Las dos Ollas*?

XII.

Viniendo ahora á nuestro Poeta *Iriarte*, pues de *Samaniego* está dicho todo con llamarle *el La Fontaine español* (título que merece sin duda alguna, aun á pesar de la respetable distancia que le separa de su gran modelo), glorioso es para nuestro país que además de haber sido ese escritor el que inspiró al ya dicho *Florian* algunos de sus mejores *Apólogos*, sea también el más original de todos los Fabulistas modernos, y el creador de una nueva especie en el género que me ocupa. Hasta él se había aplicado la *Fábula* solamente á objetos morales: *Iriarte* fué el primero en destinarla á combatir vicios exclusivamente literarios, ó á dar útiles consejos y lecciones en el mismo concepto, consistiendo en eso principalmente, y en no haber tomado sus asuntos de nadie, su envidiable originalidad. Puro, correcto, elegante, ameno, ligero, punzante, festivo, será siempre leído con gusto por cuantos sepan apreciar en lo que valen tantas buenas dotes unidas á un buen juicio enteramente horaciano, y á una versificación siempre fácil, variada y exenta de ripio, bien que no tenga ni aun por incidencia los fervidos arranques del génio, ni la numerosa armonía propia de los grandes Poetas. Nadie ha osado hasta ahora entrar en competencia con él en el giro que dió á sus *Apólogos*; y es muy probable que por largo tiempo brille sin rival en la arena donde tan firmemente sentó el pié, sin que el lauro que con tanta justicia adquirió le perturbase ó desvaneciese. Pocos libros pueden leer los jóvenes con mas fruto que las *Fábulas literarias*, la mayor parte de las cuales son verdaderos y acabados modelos. *Samaniego* es preferido por los niños, y es muy natural que así sea, estando más sujetos á su comprensión los asuntos puramente morales en que dicho autor se ejercita; pero también los de mayor edad necesitan *Fábulas*, y su juicio y buen gusto literarios ganarán mucho leyendo á *Iriarte*.

ta al mismo David la Muger enviada por Joab; pero como no faltará quien crea que ambos son dos moralidades, más bien que dos Fábulas propiamente dichas, bueno será transcribir aquí la respuesta que en el Libro IV de los mismos Reyes, versículo 9, dá Joás, Rey de Israel, á Amasias, Rey de Judá: «El Cardo del Líbano (dice el Escritor sagrado en la traducción del Padre Scio) envió á decir al Cedro, que está en el Líbano: «Dá tu hija por mujer á mi hijo.» Y pasaron las bestias del bosque, que están en el Líbano, y pisaron al Cardo.» ¿Puede darse Apólogo más caracterizado, más lacónico, ni más terrible, atendida la posicion de ambos Monarcas?

XIII.

El digno ejemplo de estos dos insignes Fabulistas impulsó á otros en nuestra España á escribir una multitud de *Apólogos*, en la mayor parte de los cuales no se ven por desgracia otras dotes que las del buen deseo, el cual no basta para dar ingénio al que carece de él, ni para hacer llegar á la posteridad lo que el estro no vivifica. ¿A quién no se le caen de las manos las *Fábulas de Ibañez de la Rentería*, las de *Folgueras* y las de *Valvidares*, y aun las del mismo *Pison y Vargas*? Muy superior á todos esos autores, tiene *Crespo* entre sus *Apólogos* algunos que, aunque no sin trabajo, podrían muy bien refundirse, y que corregidos convenientemente por un hombre de talento y de gusto, resultarían buenos y aun excelentes: pero tales como su autor los dió á luz, es imposible que satisfagan aun al menos descontentadizo. En parecido caso se hallan las *Fábulas Mitológicas*, dadas á luz en 1795 por *D. Manuel Fermin de Cidon é Iturralde*, hombre más de una vez dotado de chispa y de intencion filosófica, como entre otros ejemplos lo demuestra la moraleja de la titulada *Eolo*, de quien dice en los dos versos finales:

«Los aires manda: sábio fué sin cuento:
Por eso le acompaña tanto viento;»

pero fuera de algun otro rasgo por el estilo, es muy amanerado y desigual en el resto de sus composiciones; y de aquí que no fuese afortunado en su por otro lado loable tentativa de ofrecer á los jóvenes un medio de aprender Mitología con tanto placer como fruto. El *Marqués de Casa-Cagigal* quiso abrirse por su parte otro camino con sus *Fábulas militares*; pero á su cualidad de mal Poeta, añadió la de flojo y desmayado versificador, y hubo también de fracasar en una empresa tan digna de ser explotada por otro escritor militar, en quien se reunan las dotes de que aquel, salvo la de su ciencia, carecía absolutamente. El festivo Poeta *Salas* nos dió más de una muestra de sus buenas disposiciones para cultivar el género fabulístico; pero escribió muy pocos *Apólogos*, y no puede por lo tanto contarse entre los Fabulistas propiamente dichos. De *Escoiquiz* nada hay que decir: tradujo ó imitó á *Sabatier*, y lo hizo con el mal gusto que en sus versos le caracteriza. ¿Nombraré á *Zabala* y *Zamora*, traductor ó más bien estropeador de algunas *Fábulas de La Fontaine, Dorat* y *Florian*, despojándolas de toda su Poesía en su mal entendido prurito de laconizarlas por el estilo de las de *Esopo*, sin que al cabo lo consiguiese, y acabándolas de echar á perder en la manía con que califidaba de *despreciable* al primer Fabulista de la Francia, cuando le comparaba con el griego, llamándole

además *insipido, monótono, oscuro, desabrido y lleno de digresiones?* Más grato sería venir á los tiempos en que *Campoamor* y *Hartzenbusch* han vuelto por el lustre del *Apólogo* español, vindicado ya en parte por *Mora*; pero esos tres autores viven aun, lo mismo que *Fernandez Baeza*, *Trueba*, *Pravia*, *Baron de Andilla*, *Beña*, *Govantes*, *Tenorio*, *Gutierrez de Alba* y otros que se han dedicado ó dedican á cultivar tan difícil género; y entrar en consideraciones sobre ellos, me expondría á establecer comparaciones de que solo deben ser objeto los muertos, á quienes no puede suponerse que miremos como rivales los vivos. Renunciaré por tanto á esa tarea, contentándome con decir, que tanto cuanto fueron desafortunados en la *Fábula* los primeros autores nuestros que siguieron á *Samaniego* ó *Iriarte*, otro tanto han enriquecido nuestra Literatura nacional con bellos y excelentes *Apólogos* algunos de los dignos escritores últimamente citados. ¡Así me hubiera tocado á mí una parte, aunque escasa, de las grandes dotes que en ellos admiro! Falto de ellas, no me es dado seguirlos sino solamente de lejos.

XIV.

Interminables serian estos apuntes, si hubiera yo de hacer la reseña de todos los demás Fabulistas que de un modo algo notable, y aun notabilísimo algunos, se han distinguido del vulgo de los otros por el mérito de sus composiciones. Yo no hablo aquí del *Apólogo* sino con el objeto de indicar sus principales evoluciones, angurando de paso las sucesivas de que sin duda puede aun ser objeto. Entre los orientales más antiguos, son autores famosos *Pilpay* ó *Bidpay*, *Lokman* y quienes quiera que sean los escritores á quienes se debe el *Hipotadesa* y el libro titulado *Pantcha-tantra*; pero no han ejercido influencia en la Literatura europea, al menos de un modo sensible, sino por conducto de *Esopo*, en el supuesto de que este tomase de ellos las *Fábulas* que corren con su nombre, y que en concepto de muchos eruditos son hijas exclusivas del génio y de la imaginación oriental. Juzgado, pues, el gran Fabulista griego, lo están á su vez los de Oriente, en razon á ser comunes á estos y á aquel los mejores de dichos *Apólogos*, siquiera tenga *Lokman*, por ejemplo, unos cuantos que yo no he visto en las *Fábulas* Esópicas, y siquiera no haya puntos de contacto entre estas y las de *Pilpay*, como no los hay á mi parecer, segun puese verse en el *Calila é Dymna*, que vertido al castellano antiguo, ha dado á luz nuestro eruditísimo orientalista D. Pascual de Gayangos, en el tomo 51 de la *Biblioteca de Autores españoles*. Por lo demás, aun cuando quisiéramos aceptar la opinion de los que creen que *Lokman*, por ejemplo, es el sér real y efectivo, no *Esopo*; ó la de los que juzgan por el contrario que lo es *Esopo*, no *Lokman*, no por eso sería menos cierto que usur-

padas ó no por la Grecia, son esas antiquísimas *Fábulas* las primeras que escritas en prosa, sufrieron en manos de *Fedro* su primera trasformacion, al adaptar éste el lenguaje métrico un número mayor ó menor de ellas (1). Muy posterior á *Fedro* el poeta latino *Aviano*, á quien otros llaman *Avieno*, y posterior tambien el persa *Sadi*, ó como dicen otros, *Saadi*, fabularon cada cual á su modo, el primero elegiacamente, ó sea en hexámetros y pentámetros, y el segundo parte en prosa y parte en verso, escribiendo el *Gulistan* y el *Bostan* (jardin de rosas y jardin de frutos); pero aunque diesen algun nuevo sabor al *Apólogo*, no lo hicieron progresar en los términos que *La Fontaine*; y por consiguiente es este siempre su segundo y gran trasformador. De *La Fontaine* he ido á *Florian*, sin detenerme en el inglés *Gay*, ni en su compatriota *Moore*, por no haber el uno ni el otro dado un nuevo giro á la *Fábula* (pues no creo yo que lo sea el *spleen* con que á veces la revistieron), ni poder compararse con los escritores franceses en el arte de decir y contar, tan rebelde al génio británico. A los italianos *Verdizzotti*, *Pignotti*, *Gerardo de Rossi*, *Passeroni*, *Lodoli* y *Roberti*, tengo que contentarme con nombrarlos y con reconocer las buenas dotes de los más como Poetas, dotes de que no obstante abusaron en perjuicio del *Apólogo* que yo llamo *solemne ó grave*, no conciliando debidamente la elevacion de las ideas con la sencillez y perspicuidad del lenguaje; requisitos *sine quibus non* en el género fabulístico.

Respecto á los demás escritores que se han señalado en el mismo, ¿cómo no hacer mencion honorífica de *Lessing*, el gran Fabulador de Alemania, y uno de los que más han contribuido en los tiempos modernos á dar importancia al *Apólogo*? *Hartzenbusch* nos ha dado á conocer, prestando un gran servicio á su país, algunas de sus bellas composiciones, así como otras de relevante mérito debidas á *Pfeffel*, *Geller*, *Lichvehr*, *Hage-*

(1) En lo relativo á *Esopo* y á *Lokman*, vuelve á jugar la etimología. Además de un *Lokman asiático*, á quien por su sobrenombre de el Sábio identifican algunos con Salomon, hubo otro de origen etiope, si no es que ambos son uno mismo: es así que Etiope en latin se pronuncia *Æthiops* ó *Æthiopicus*: es así que esta última palabra es *Æthiopus* si se la barbariza: es así que barbarizada se parece muchísimo á *Æsopus*: luego *Lokman* y *Esopo* son un mismo mismísimo escritor, ó sea dos nombres distintos con una sola entidad verdadera. Esto vuelve á recordarme otros versos de los tiempos en que yo era muchacho:

El Etimólogo aquel
Que de *Esther* el nombre atrapa,
Dice que es PAPA raíz fiel,
Y que por ende es el PAPA
El inventor del papel.
Por esa regla, Pascual,
Inventó el tubo TUBAL,
Como el MESÍAS la mesa,
ARQUIMEDES la arquimesa,
Y el ANTERISTO el cristal.

dorn, Gleim, Ramler y Liebeskind, autores alemanes tambien, advirtiéndose en varios de ellos evidentes señales de lo mucho que les debe la *Fábula* en el terreno que, á falta de otro nombre, habré de llamar *filosófico*, por contraposición al *moral*, de pretensiones algo más humildes, ó de miras menos elevadas, en su clase de aparente juguete.

XV.

En lo que llevo dicho hasta aquí, he considerado al *Apólogo* como un Poemita moral de reducidas dimensiones literarias; pero el género en sí mismo puede recibir mayor latitud y expansión, y bajo ese punto de vista tiene nuestra España la gloria de contar entre sus escritores los primeros Fabuladores del mundo. ¿Qué es, bien mirada, la *Galomáquia* de Lope de Vega, sino una graciosísima Epopeya en el género fabulístico? ¿Qué es la *Mosquea* de Villaviciosa? ¿Qué es, sobre todo, nuestro *Don Quijote*, esa obra que parece escaparse á toda definición como género literario, y que constituye la más bella y trascendental *Parábola* de las grandezas y miserias de la Humanidad, personificada de la manera más festivamente sublime en el tan cuerdo como loco Hidalgo, y en su simple y malicioso Escudero? Ante esa creación incomparable del inmortal manco de Lepanto, ¿qué son las *Fábulas de La Fontaine*? Yo, empero, debo aquí limitarme á considerar el *Apólogo* tal como generalmente se le entiende; y así, prescindiré de explicar estas ligeras indicaciones, que nó pocos creerán aventuradas, contentándome con decir que si la *Fábula* ha tenido Homeros, ha sido principalmente en el siglo XVI, y en nuestra nación por fortuna, dicho sea con el respeto debido al autor de la *Batracomiomaquia*, y al de *Gli Animalí parlanti*; conviniendo yo, por lo demás, con nuestro gran Quintana, en que el *Apólogo* español *Esópico* es todo del siglo XVIII, no habiendo existido antes de esa época un solo Fabulista digno de tal nombre, en ese sentido, entre los escritores de nuestro país.

Entretanto, si Iriarte abrió al *Apólogo* un camino desconocido hasta él, bajo el punto de vista de sus aplicaciones, otros senderos hay todavía por los cuales se le puede llevar. Si la política moderna no tiene aun verdades suficientemente demostradas para hacerlas objeto de la *Fábula*, sino solo en escaso número, dia vendrá en que el tiempo y la experiencia acaben por fijar ciertas ideas, hoy fluctuantes en el espacio, y entonces podrá ser el *Apólogo político* lo que con tanta gloria de nuestro país ha conseguido ser el *literario*. ¿Y el *científico*? ¿Y el *artístico*? ¿Y el *filosófico*? ¿Y el *religioso*? ¿Cuánto no puede ensancharse el género con esas otras aplicaciones, algunas de ellas inauguradas ya, el dia en que tenga nuevos y dignos intérpretes, ó en que ciertos hombres de génio no se desdénen de ser Fabulistas?

XVI.

A quien de esta manera discurre y así se atreve á escribir un *Prólogo* para ponerlo al frente de sus *Fábulas*, no faltará quien le diga: «¿y tú? ¿te creés acaso de los llamados á regenerar el *Apólogo*, ó presumes tal vez llevarlo por senderos desconocidos?» Ay! muy mal debe de conocerme quien esa pregunta me haga! Yo tengo aquí en mi mente un Bello ideal que constituye mi convicción íntima, sea con razon ó sin ella; pero nadie conoce mejor que yo mismo lo infinito que dista mi pobre ingenio del talento que se necesita para abrir un nuevo horizonte á la *Fábula*. Nada absolutamente me debe esta, sino solo entusiasmo y cariño. Si he hablado de ella en sus distintos ramos de la manera que ha visto el Lector, ha sido solamente para dar una idea de su importancia, y para despojarla del concepto en que el vulgo suele tenerla, creyéndola un mero juguete, indigno de ocupar á hombres formales. Por lo demás, si de lo que llevo dicho pudiera deducirse alguna cosa, sería que pues tanto he abogado por la *Fábula solemnemente grave*, graves y muy solemnes deben de ser las que forman esta *Colección*; y es lo contrario precisamente. Salvo alguna que otra, en que alentado por el ejemplo de *Florian*, he procurado levantar algo el estilo, como protesta contra la doctrina que no consiente al Fabulista otro lenguaje que el que familiarmente se habla dentro de las cuatro paredes del reducido círculo doméstico, donde caben muy enhorabuena la cultura, la discreción, el donaire, la gracia y todas las demás dotes que son el alma de la conversacion en una sociedad escogida, nó empero cierta grave entonación, ni menos los trasportes del Poeta, cuando este se eleva á cierta altura; salvo, digo, esas poquitas excepciones, los demás *Apólogos* que someto al juicio público, son todos familiares y ligeros, y risueños, juguetones ó festivos cuanto ha estado en mi mano hacerlos. ¡Así hubiera yo podido darles una mínima parte de la gracia, y sobre todo del caudoroso estilo que tanto embelesan en *La Fontaine*!; pero el caudor es un don de Dios que este derramó á manos llenas sobre el gran Fabulista francés, concediendo tambien no poca parte á su gran explotador *Samaniego*, no pudiendo yo, por lo tanto, creer que me haya tocado en suerte mejor fortuna que la muy escasa deparada á los menos favorecidos. Entretanto, no puedo persuadirme de que el que no tenga ese don, haya de renunciar á escribir *Fábulas*, aun cuando tenga todos los demás, como pretenden algunos Críticos. Si dijeran que no puede escribirse por el estilo de aquel eminente Fabulador, convendría yo en ello sin dificultad; pero á falta de dotes mejores, ¿por qué no ha de poder el *Apólogo* ser punzante, incisivo, epigramático, intencional y hasta malicioso, en el buen sentido de la palabra? La razon y la Filosofía protestan contra esa estrecha circunscripción de límites, que aun dentro del terreno festivo, y aun en sus más pequeñas proporciones, le quieren imponer ciertos Preceptistas: lo único vedado á la *Fábula*, bajo el punto de vista del estilo, es el que sea malo de

suyo, y aun el bueno, por muy bueno que sea, si no es natural y espontáneo, ó se halla en pugna de cualquier modo con las fuerzas del que lo adopta. Lleno yo de esta conviccion, me he abandonado completamente á la inspiracion del momento en cuantos *Apólogos* he escrito: si estos son malos, no será la culpa del tono que haya usado en cada caso particular, sino ó bien de la mala eleccion del asunto, ó bien de su mal desempeño, ó bien de las dos cosas á la vez, por ser mi inspiracion un fuego fátno, en lugar doreal y efectivo.

En cuanto á la indole íntima, ó fondo sustancial de mis *Fábulas*, hay alguna que otra *literaria*, y tambien alguna que otra *política*; pero todas las demás son *morales*, con tendencia de vez en cuando á fortificar el espíritu religioso, cuyo ilustrado mantenimiento es tan preciso en los tiempos que atravesamos; siendo adaptables en su mayor parte á la comprension de los niños. En ocasiones, aunque muy raras, intercalo con los *Apólogos* propiamente dichos, algunos que en todo rigor solo pueden calificarse de *Máximas*; siguiendo yo en esta parte el ejemplo de algunos Fabulistas notables, los cuales han creído oportuno obrar así, por el íntimo consorcio que existe entre el uno y el otro género, considerado bajo el solo aspecto de la *doctrina ó verdad moral*, punto al cual he atendido siempre con preferencia, en términos que sean muy pocas las *Fábulas* que entre las mías puedan calificarse de *milesias* ó de mero y fugaz entretenimiento, sin consecuencia más ó menos importante en lo que á la doctrina concierne. Entretanto, aunque he procurado ser claro y sencillo en la mayor parte de mis *Apólogos*, debo advertir que tengo mis ideas en lo que dice relacion á la niñez. El talento, aun en sus primeras manifestaciones, adivina muchas cosas que no entiende, y las *Fábulas* que se escriben para niños, les han de suponer algun talento. Los estúpidos, sean chicos ó grandes, no se ocupan en leer *Fábulas*, ó si las leen, no han de adelantar con ellas mucho más de lo que adelantó el Asno á que se refiere una de las mías; y menos estando escritas en verso, el cual bien se deja entender que no ha de ser verso tan solo, sino Poesía tambien, al menos en cuanto sea posible. De ese modo, además de las buenas máximas con que se forme el corazon infantil, podrá el Fabulista irle inculcando ideas de buen Gusto literario, hasta el punto de familiarizarle insensiblemente con ellas, no mereciendo perdon alguno, si pudiendo conseguir los dos resultados, se contenta con uno solo. Yo que creo ese buen Gusto esencialísimo para la buena educacion, he procurado no descuidar una cosa tan relacionada con la moral y con la virtud, esmerándome en ser todo lo puro y correcto que buenamente me ha sido dable, y todo lo menos mal Poeta que mi escaso ingenio y la indole del asunto me han consentido. Este último cuidado ofrece el riesgo de hacer la *Fábula* menos perceptible á inteligencias todavía tiernas, si no se procura á la vez que los conceptos sean clarísimos; y por lo tanto me he esmerado tambien en ser todo lo trasparente que me ha sido posible. Si á pesar de ese postrer esfuerzo mio, resultaren, como sin duda resultarán, algunos pasages que por de pronto parezcan menos adaptables á la comprension de un muchacho en aquellos de mis *Apólogos* que no hablan con los de mayor edad, séame permitido confiar en que la viva voz del Maestro me reemplazará con ventajas. ¿No lo hace así constantemente en lo concerniente al Catecismo, y á ciertos y determinados pasages de la Historia sagrada y profana? ¿Los

comprenderian los niños sin ese auxilio? Pues de análoga manera debe ser ayudada la inteligencia infantil, tanto en lo que la *Fábula* tiene de literario, como respecto á su intencion moral, destruyéndose así las objeciones que en su Emilio hace Rousseau al *Apólogo* en general, y en especial á los de *La Fontaine*. No tiene, pues, excusa el escritor que á pretexto de la sencillez, escriba *Fábulas* en estilo más humilde de lo justo, ó por mejor decir, chabacano.

En lo tocante á la versificacion, he adoptado el sistema de variarla segun los respectivos asuntos, usando de todas ó casi todas las especies de verso que se conocen en castellano, desde el de dos hasta el de catorce sílabas. Dos fines me he propuesto al obrar así: uno, evitar la monotonía, y otro dár á la gente iliterata, pero aficionada á los versos, una idea de las distintas clases de estos, así como del modo de combinarlos en nuestra rica y variada Métrica. Como complemento de mi trabajo en este punto, he creído oportuno dar al fin de la obra un breve, aunque completo *Tratado de versificacion castellana*, explicando esos mismos metros ensayados en mis *Apólogos*. De ese modo podrán ser estos mas útiles á muchachos de cierta edad, sirviéndoles como de guia práctica en la apreciacion de los medios de que nuestra Poesía se sirve para expresarse en lenguaje métrico, y preparándolos para cosas mayores cuando estudiando las Humanidades, comiencen á dar los primeros pasos en la Bella Literatura.

XVII.

Hablar ahora de las reglas á que me he atendido ó he dejado de atenderme en la composicion de estas *Fábulas*, cuando el género, segun *Florian*, no está sujeto á reglas ningunas, podria parecer pedanteria. Respeto la opinion de los que creen que no deben intervenir en esta clase de composiciones sido solamente *animales*, fundándose en que habiendo sido cuna del género los países que en la antigüedad tenian como dogma la *metempsicosis*, desdice de su carácter y de su indole primitiva darle otra especie de interlocutores; pero sobre ser una mera hipótesis todo cuanto se relacione con esos países originarios, creo que aunque fuera fundado ese modo de discurrir, lo único que de él podria deducirse, seria la necesidad de observar tal precepto pura y sencillamente en los países donde se encontraran en boga el sistema y las creencias de Pitágoras, nó empero en los pueblos cristianos, que nada tienen que ver con ellas. Otros piensan que el dominio del *Apólogo* puede extenderse á los *vegetales*, porque al fin tienen *vida propia*, y aun llegan á decir que hasta su *yó*, como si tuvieran *conciencia*; mas no á los séres *inanimados*, ni menos á los que entre los mismos son *obra ó producto del hombre*. Yo respeto, tambien, como el que más, esa otra manera de ver; ¡pero por qué ha de estar prohibido al Fabulista lo que nadie ha vedado á Camoens, al animar, pongo por ejemplo, el Cabo de Buena Esperanza? ¿Por qué ha de ser tampoco inaceptable que hable la *Olla* con el *Caldero*, en razon á haberlos el hombre formado, si por otra parte se

acepta que hablen, verbi gracia, los *Montes*, séres que aunque sean producto de la sola Naturaleza, no le deben á esta sentimiento ni habla que nosotros sepamos? En todos esos modos de argumentar, hay tal vez mas caviliosidad metafísica, que buena y sólida razon poética; y acaso deba decirse lo propio del sistema que excluye de la *Fábula* todo sér ó interlocutor *racional*, fundándose en que la intervencion de los hombres en ella puede dar lugar muy enhorabuena á un cuento *moral ó instructivo*; nó empero á una *composicion fabulistica*, tal como la concibieron allá en su mente los primeros autores del género. Será así como lo dice Mr. Decampe, cuyo discurso ó trabajo sobre el *Apólogo* siento no conocer sino solo por algunas referencias; pero en contra de su teoría hay una multitud de ejemplos prácticos, que demuestran no haber pensado siempre como él los mas insignes Fabuladores. Yo, por mi parte, el último de todos, creo á lo sumo que la *Alegoria*, ó sea el *disfraz de la Fábula*, resalta más en las composiciones donde el hombre no es actor ni interlocutor; pero que no por eso deja de haberla en las que le presentan, ya hablando, ya obrando, siempre que del caso particular en que el escritor le coloque, se deduzca ingeniosamente una verdad general, ó al menos de más lata aplicacion, que la de ese caso exclusivo. ¡Así tuviera yo muchos *Apólogos* por el estilo de *El Califa de Florian*, y más que los llamasen mis Lectores puras y meras *moralidades*, como desiriendo á la opinion del autor poco antes citado, ha llamado á algunas de sus composiciones el moderno Fabulista *Florentin Ducós*, á fin de distinguirlas de los *Apólogos* en que nunca interviene el hombre!

Otras cosas, si he de decir verdad, me han preocupado más que esas en la composicion de mis *Fábulas*, aún cuando estas valgan muy poco. Vago y todo como es el género, parecen presidirle ciertos principios fundamentales, á los cuales no puede evadirse; y estos he procurado respetarlos en cuanto de mí ha dependido. Si como tal género poético puede adaptarse á todas las entonaciones y á todos los estilos posibles, como cuento ó composicion doctrinal que al fin es, no deben sus adornos distraerle de su principal objeto, ni ofuscar la verdad moral, literaria, política, etc., que pretenda inculcar al Lector: de aquí que su lenguaje y estilo deban ser siempre claros y perspicuos, por figurado que sea aqnel y por elevado que sea este; de aquí, tambien, que la versificacion, aunque numerosa y rotunda, haya de ser natural y fácil, sin que parezca que le cuesta al autor trabajo de ninguna especie. Tambien debe cuidar el escritor, y nunca en esto se excederá, de la verdad de los caractéres con que revista á sus interlocutores, haciendo á estos hablar y obrar de la manera más adecuada á la idea que de ellos se tiene, y acomodando á esas diferencias las consiguientes en el estilo. En cuanto á la relacion que debe haber entre lo que la *Fábula* diga, ó entre la accion que ponga en escena, y la moral que de ella se deduzca, no cabe disputar: ha de ser *intima*; cuidando empero el Fabulador de que sea al mismo tiempo *ingeniosa*, á fin de no incurrir en el *idem per idem* que caracterizaría, por ejemplo, al que no sabiendo atacar la intemperancia de otro modo, dijese que un Asno se hartó de paja y que reventó del hartazgo, deduciendo de esto que el hombre debe abstenerse de todo exceso en la comida y en la bebida, para que no le suceda lo propio. La moral, generalmente hablando, debe estar en las entrañas del *Apólogo*, como la chispa en el pederual: oculta hasta el momento en que el autor la haga saltar de un eslabo-

nazo. Esto no quita que alguna vez, y como por via de excepcion, digámoslo así, pueda la *Fábula* empezar por la moraleja, en vez de reservarla para el final: en tal caso, comienza el Lector por ver enunciada una verdad indisputable y que tiene ya en su conciencia, pasando luego á ver la manera como el escritor la comprueba con un ejemplo ó simil, nó ya comun, que eso cualquiera lo sabe hacer, sino extraño hasta cierto punto; y cuanto más inesperado lo halle y mas adecuado lo vea al objeto que el autor se propone, tanto mas placer le dará. Tampoco quita lo anteriormente dicho que la moraleja de que se trata se suprime completamente en ciertos casos; pero eso debe hacerse tan solo cuando la *Alegoria* en sí misma se deje adivinar en cuanto á su fin, dejando al Lector el placer de que sea su discrecion la que descargue el eslabonazo que el autor ha dejado como en suspenso, bien que indicando como al descuido el punto sobre el cuál debe dar. Por lo demás, de la brevedad ó longitud de la *Fábula*, poco necesito decir. Nunca debe desatenderse el *quidquid precipies esto brevis* de Horacio; pero en las tendencias, indole y espíritu del siglo XIX en que estamos, esa á veces es cuestion relativa. Tal *Apólogo* puede haber, dice Genevay con razon, que constando de cien versos sea corto, y tal otro que encerrado en solos diez, sea largo. Eso depende de la indole del asunto, de los detalles que jueguen en él, y sobre todo de la habilidad con que el autor sepa conducirse. ¡A qué cansarme, pues, en indicar los principios generales á que haya podido atenerme en la generalidad de mis *Apólogos*, si aun siendo ciertos de todo punto, y aun habiendo procurado observarlos religiosamente, puedo haber hecho *Fábulas* malísimas? El gran secreto que ni se enseña ni se aprende (preciso es repetirlo otra vez), está en saber por lo menos *contar* cuando el *Apólogo* se limita á *decir*, y en saber *contar, dialogar y pintar* juntamente, cuando como dice La Mothe, es *una Moralidad disfrazada bajo la Alegoria de una accion*.

Género muy Proteo debe de ser el que aun no está definido, y vastísimo campo el suyo, cuando aun limitándolo *La Fontaine* á su preferente modo de fabular, decia de él que era, ni mas ni menos,

*Une ample COMÉDIE à cent actes divers,
Et dont la scène est l'Univers.*

Yo, refiriendo estos versos, nó á una especie determinada de *Fábulas*, sino al *Apólogo-poemita* en todas sus formas y aplicaciones, podría traducirlos, diciendo ser el género en toda esa extension

*Un DRAMA en actos múltiple y diverso,
Que tiene por escena al Universo.*

Entretanto, aun cuando con las observaciones que llevo hechas, no consiga yo otro fruto que el de dar á ciertas gentes una idea más noble y elevada de la *Fábula* que la que de ella suelen tener, preparándolas de ese modo á saber apreciar en lo que valen las dificultades que ofrece, y á no mirar con desden completo mi harto pobre y humilde Coleccion, podré darme por satisfecho.

Mucho tambien me satisfaria la publicacion de estas *Fábulas*, si al de-

dicar como dedico una porcion de ellas, no siempre las mejores en verdad, á algunas dignísimas personas, me fuera dado pagarles por ese medio el debido tributo de respeto, gratitud, amistad ó cariño con que sin distincion de colores políticos, cosa de mí completamente olvidada, las recuerdo incesantemente; pero esas deudas no las paga nunca el que les debe lo que les debo yo, y habré de contentarme con el buen deseo, no sin contraer otra nueva deuda, consistente en el agradecimiento que me inspira la mucha bondad con que esas personas se han prestado á autoiziar mi libro con sus nombres. Entretanto, yo debo una excusa á otras que no figuran en él, y consiste en la imposibilidad de incluírlas á todas; pero no las olvido por eso, y alguna otra ocasion se me ofrecerá de llenar de un modo ó de otro tan involuntario vacío.

XVIII.

Cuatro palabras más, y concluyo. Con la sola excepcion de unas veinte á treinta, en que he sido traductor ó imitador á sabiendas, las demás *Fábulas* que doy á luz, son todas *originales*. No lo digo por echarla de inventor, sino para que eso me dé algun título á la indulgencia de mis Lectores, sobre todo en lo relativo á las más flojas, escritas en parte cuando me hallaba en el ingreso de la adolescencia, y de ellas algunas á los catorce y quince años de mi edad. Tan antigua es mi aficion á ese género, al cual he vuelto en estos últimos años con la misma aficion que entonces, sin duda porque habiendo comenzado ya á hacerme viejo, vuelvo nuevamente á ser niño. Con la docilidad propia de este, oíré sumiso las advertencias que la Crítica sensata y desapasionada se digne hacerme, si es que llega á ocuparse de mi Coleccion: con la misma docilidad procuraré enmendarme de mis extravíos en algun otro libro de *Fábulas*, si esa Crítica tiene á bien advertirme los que he cometido en estos seis primeros: extravíos que sin duda serán muchos, pero que, como es natural, han de ocultárseme si no se me indican. El solo y único que no se verá en mis *Apólogos* es el de la alusion más remota á personas determinadas; amante entusiasta del género, lo soy también de mi dignidad como escritor público, y no revolcaré jamás por el lodo ni el uno ni la otra, enmasearando con la *Alegoria* ataque personal de ninguna especie. *Parcere personis, dicere de vitiis*, dijo Juvenal respecto á la sátira: el mismo lema lleva ésta obrita; y teniendo como tengo dadas pruebas de que cuando he querido combatir á alguno, lo he hecho, nó á traicion, sino frente á frente, tengo á mi vez derecho en esta ocasion á que se me crea también caballero cuando ataco al vicio en mis *Fábulas*.

MIGUEL AGUSTIN PRÍNCIPE.

MUESTRAS DE ALGUNOS ORIGINALES

que se han tenido presentes

PARA LA COMPOSICION DE CIERTAS FÁBULAS COMPRENDIDAS

EN ESTA COLECCION.

ALGUNOS suscritores y amigos del autor han significado á este su deseo de ver inserto, por via de apéndice á la presente obra, el texto original de las veinte á treinta *Fábulas* que han sido imitadas ó traducidas por él, segun se manifiesta en el *Prólogo*, publicado en forma de artículos hace ya tres ó cuatro meses en la *Revista* de la CRÓNICA DE AMBOS MUNDOS. Su objeto es comparar el referido texto original con la version ó la imitacion; pero de una manera cómoda, ó sin necesidad de recurrir á las distintas obras de que dichas *Fábulas* hayan sido tomadas.

El autor los complacería con mucho gusto, si le fuese posible verificarlo de un modo completo; pero no siempre puede recordar dónde ha leído ciertas anécdotas que